

BIBLIOTECA COMENTADA DEL HOMBRE DE NEGOCIOS

Recomendada con el premio obtenido de la Academia Francesa, se nos ofrece traducida al castellano la obra de Louis Salleron *Los Católicos y el Capitalismo* (Ed. Fomento de Cultura, Valencia 1953. 303 págs., 55 pts.)

Si la obra no resulta fiel a su título, es porque lo rebasa más que por hacerle traición. Se habla en ella, en efecto, de las relaciones no muy amistosas de los católicos con el sistema capitalista, se insinúan las causas de los recelos que en ellas median, y se trata de reconciliar cierto capitalismo con el espíritu católico, en orden a una reforma social eficiente. Pero tales ideas son sólo parte de toda la concepción que sobre el problema social manifiesta el autor haber logrado. Su opinión sobre la naturaleza del proletario, sobre la productividad, la seguridad social, las huelgas, etc., forman otros tantos grupos de ideas no muy sistemáticamente unidos, que dan en conjunto el resumen del mundo social captado por Salleron.

Respecto al capitalismo, que procura definir cuidadosamente en su complejidad, enuncia el hecho de que los protestantes y judíos han congeniado con tal régimen mucho mejor que los católicos. Las causas del hecho, a su juicio, no son en cambio esencialmente religiosas, sino histórico-religiosas, por las circunstancias concretas en que los adelantos técnicos se dieron principalmente, más que por la diversidad de ideología en punto a creencias religiosas.

A pesar de esta disposición de los católicos, las palabras de los Papas dejan concebir un capitalismo que no tuviera los vicios que hasta el presente le han acompañado. Y como la solución social no se puede esperar de un sistema anticapitalista que hoy sólo podría ser el comunismo; aun contando con el espíritu adverso al capitalismo que se ha puesto de moda, se define por un capitalismo reformado, en

el cual el obrero pueda ir tomando parte paulatinamente. Este acceso del proletariado al capital le parece más conveniente que el aumento de salarios en la Francia de hoy—de la cual habla principalmente en la obra—; porque un país tan necesitado de reconstrucción después de la guerra, no puede pensar tanto en consumir como en crear; aparte del papel que juega en la mente del proletario, como en la de todo hombre, la posesión de bienes firmes que no se gastan para poder comer en el momento en que se han recibido, y que constituyen esa especie de soberanía sobre *algo*, que el hombre necesita para vivir con libertad.

En este orden de ideas la propiedad es para el autor lo que principalmente da la libertad. El Poder se alza en la revolución con el fin de limitar los abusos de la propiedad; de la misma manera, la propiedad se puede enfrentar con el Poder para limitarlo, ya que en el terreno de la propiedad privada le está vedado arrogarse derechos que sólo asisten a los particulares. La propiedad es también la vía legítima de imperar sin peligro de la sociedad. Keynes ha escrito: "La posibilidad de ganar dinero y de labrarse una fortuna puede canalizar ciertas inclinaciones peligrosas de la naturaleza por una vía en que son relativamente inofensivas... Vale más que el hombre ejerza su despotismo sobre su cuenta bancaria que sobre sus conciudadanos."

La manera concreta que se propone para admitir a la propiedad del capital a los proletarios, consiste en el abono anual de una tasa del 1 por 100 de las amortizaciones de la empresa, que iría a un fondo en el cual cada obrero tendría su parte proporcional al salario; ese fondo sería administrado de una manera que recuerda las nuevas sociedades de inversión, con lo cual se iría corrigiendo sin violencias ni precipitaciones, y precisamente bajo el signo del capitalismo, el desequilibrio imperante.

La crítica del sistema de seguridad social francés, e incluso ciertas aspiraciones extrafrancesas y mundiales en esta materia, son fustigadas con acalorda dureza. Se exponen varios principios que deben presidir esas ambiciones de seguridad, que es combatida tanto en su ideal como en su técnica.

Más amenazas despierta la seguridad social contra nuestra libertad, que seguridades promete para nuestra dicha. Se intentaba una unidad y uniformidad que son absurdas. El Estado absorbe las seguridades naturales y espontáneas, cuya fuente son las sociedades inferiores e intermedias. No se debe aspirar a una seguridad mayor que la posible a los recursos financieros de una nación. El Estado, por su parte, realizará la mejor seguridad social posible cumpliendo con sus deberes: garantizando el orden, protegiendo los derechos, etc. Tal es el ideario de Louis Salleron frente a las palabras harto halagüeñas que sobre

la seguridad social ha leído en el mismo preámbulo de la Constitución de la nación francesa.

La consideración de los escritos de la doctora en Filosofía Simone Weil, militante revolucionario israelita, que vino a España a combatir al lado del Frente Popular en nuestra guerra, y murió casi a las puertas del bautismo, a los treinta y cuatro años, el año 43, le invita a completar sus ideas sobre lo que es en realidad el proletariado, punto previo a dilucidar para saber qué hemos de entender por la supresión del proletariado a que todo el mundo aspira.

La monotonía, la ausencia de deseos que se reconozcan como realizables, la ignorancia de la significación que el propio trabajo tiene en el conjunto de la producción, el desconocimiento del rumbo e intereses de la empresa en que se trabaja, vienen a ser en definitiva, lo que excomulga de la vida social a la clase de los proletarios. No se trata tanto de las dificultades del obrero en su vida física, como de la desgracia compleja consistente en ese estado recién descrito.

De aquí que para la redención del proletariado haya que abordar tal situación. Si el obrero no puede tener aspiraciones fuera de su trabajo, hágasele sentir en él su belleza. La poesía para otros es un lujo; para el obrero es su pan. La fuente de esa poesía sólo puede ser la religión. No se desechan las ventajas materiales que puedan mejorar y humanizar la vida del trabajador; pero se reconoce más importante que la participación en los beneficios la participación en la vida de la empresa, y desde luego se considera como verdadero opio del pueblo no a la religión, sino a la revolución, cuya constante esperanza es para los trabajadores un auténtico estupefaciente.

En resumen, sin un orden acabado, pero con un criterio casi siempre aprobable, se reflexiona en esta obra sobre unos cuantos puntos de importancia innegable por lo básicos que son en sí y por lo interesante de la posición del autor, que da ideas nuevas, basadas en la realidad francesa, y contribuye útilmente a la formación de una certera visión del mundo social.

AGUSTÍN ARREDONDO, S. J.